

Introducción: el porqué de este libro. Dos visiones complementarias.

Antes de leer un libro es bueno hojearlo, asomarse a su índice y dedicar unos minutos a su introducción para dilucidar si realmente sintonizamos con la forma y el fondo de la obra, para percibir si se trata de una lectura con la que disfrutaremos y nos hará provecho o si, por el contrario, va a suponer un Via Crucis por el que no estamos dispuestos a transitar.

Puesto que se trata de algo que yo mismo suelo hacer, aborrezco a aquellos expertos en marketing editorial que producen introducciones e índices que engañan al que todavía no es más que un potencial lector, llevándole a pensar que el libro es una cosa... Cuando en realidad es otra.

No quisiéramos nosotros cometer la misma afrenta, así que hemos querido empezar dejando claro qué es este libro, de dónde nace y cuál es su función.

Comencemos con una declaración general y rotunda: pese a su título, éste no es un libro sobre Mario Conde, es una obra en la que Mario Conde se desnuda de sí mismo y nos regala una serie de experiencias que son comunes a todos aquellos que sentimos la llamada de lo Trascendente, le demos el nombre que le demos. Por este motivo el libro tiene un interés vital para ti y para mí, porque no trata sobre su biografía, sobre mera historia, sino sobre la Vida, sobre la búsqueda espiritual y sobre el arte de vivir. Podemos reconocernos en experiencias ajenas... Y aprender de ellas.

Es éste un libro escrito a cuatro manos, en el que –bajo la forma de una entrevista– se recoge el íntimo diálogo entre un joven buscador del Absoluto –ése soy yo– y un hombre maduro, con experiencia, que ha transitado por muchos, muy variados y

escarpados caminos en pos de su propia llamada a esa Trascendencia que es origen y fin, Alfa y Omega de nuestro existir... Mario Conde.

Se vierten, pues, en estas páginas dos puntos de vista distintos y complementarios ya que, aunque ambos pertenecen a peregrinos del Absoluto, también es cierto que Mario y yo nos encontramos en dos estadios muy distintos de nuestro personal caminar.

Esa tensión que surge entre la relación que nos une y la distancia que nos separa, es la que nos ha permitido mantener unas conversaciones en las que ambos hemos compartido y descubierto, en las que no siempre hemos coincidido en nuestros puntos de vista pero nos hemos comprendido, en las que los dos hemos recibido y nos hemos entregado a un tiempo, en las que hemos podido vislumbrar otras aproximaciones a lo inabarcable, disfrutando de una equilibrada danza circular en la que lo esencial resulta ese Centro que uno sabe que jamás alcanzará mientras siga bailando, pero que –al mismo tiempo- estructura nuestro movimiento y lo dota de gracia, dirección y sentido.

La iniciativa de este libro me corresponde, yo era el principal interesado en su redacción, yo era quien más tenía que aprender, yo busqué a Mario Conde para escribirlo. Por este motivo me otorgo el privilegio de iniciar la narración sobre cómo se gestó la obra, al menos desde mi perspectiva.

Las raíces de este libro vienen de muy atrás. También yo fui uno de esos adolescentes deslumbrados por el icono de una época, por el joven que había alcanzado la Presidencia de Banesto... Pero, a diferencia de la mayoría, no me fascinaban los fastos y oropeles sino la personalidad que dejaba traslucir entre líneas, los intereses metafísicos que se apuntaban en algunas de sus intervenciones y propuestas. Estaba convencido de que Mario Conde era mucho más que el personaje que mostraban los medios de comunicación.

Mi convencimiento se volvió certeza cuando una sucesión de acontecimientos que todos conocemos –y sobre los que hemos ido forjando nuestra propia opinión- llevaron a Mario a pasar largas estancias en la prisión de alta seguridad de Alcalá Meco. Ese descenso a los infiernos –que pretendía ser una condenación eterna- supuso para Mario Conde, como suele suceder a quienes no se dejan dominar por sus miedos y demonios, el paso previo a una profunda transformación interior que se vio catalizada por las penosas circunstancias y por un entorno en el que la única libertad

de la que podía disfrutar era la más esencial y profunda de todas: la libertad interior.

Como le sucedió al propio San Juan de la Cruz, Mario Conde aprovechó su cautiverio para profundizar en la Realidad, empleó lo único de lo que disponía con creces en prisión –el tiempo- para conocerse mejor a sí mismo, a los demás, al mundo y a Dios. El ejercicio físico, el intelectual y el espiritual fueron sus compañeros de celda durante esos largos años y, como si de un nuevo Éxodo se tratara, le llevaron de la mano a abandonar el que era su mundo para –tras soportar las inclemencias de la travesía por el desierto- llegar finalmente a ese destino que promete ser el Paraíso en la tierra, espacio de auténtica Libertad y Paz. En prisión –y ésta es una opinión muy personal que no sé yo si Mario compartirá conmigo- Mario Conde pudo dar a luz a la mejor imagen de sí mismo... Aunque como todo parto, implicó muy serios dolores.

Es posible que este libro no hubiera nacido sin el paso de Mario por prisión. Tal vez el mantenerse en lo que se considera la cumbre del éxito –aunque no lo sea- le habría impedido manifestar –por falta de serenidad y tiempo- a la cercana y profunda persona que he tenido el privilegio de conocer, de tratar y de descubrir con la excusa de escribir esta obra.

No conocí al Presidente de Banesto, no puedo ni quiero valorarlo ni juzgarlo. Sólo he conocido al Mario con el que converso en estas páginas, con el que contacté por Twitter en 2014, el que respondía a mis preguntas y leía los artículos de mi blog, el que sin conocerme de nada me ofreció la oportunidad de penetrar en los rincones de su alma y enriquecerme con sus experiencias. Unas experiencias que –por su valor- no podían quedar encerradas entre cuatro paredes, sino que exigían ser transcritas para que todos los que lo deseen puedan beneficiarse de ellas como lo he hecho yo.

He querido escribir este libro porque las inquietudes de Mario han sido las mías, porque existe una sintonía interna que me lleva a aprender en experiencia ajena, porque es bueno subirse a los hombros de gigantes para disfrutar de una nueva perspectiva. Siempre que me he cruzado con alguien excepcional en mi vida, he tratado de acercarme para aprender de su experiencia. Y debo reconocer que, cuanto más excepcional ha sido la persona, más bienvenido me he sentido a compartir sus descubrimientos y secretos.

Este libro es una muestra de ello, de lo mejor y más desconocido de Mario Conde, un hombre con un alma grande que ha sido puesto a prueba en demasiadas ocasiones y que, pese a todo, sigue siendo cada día más persona.

Y, hecha esta introducción por parte del telonero, dejo que sea el propio Mario quien explique su visión sobre el porqué de este libro.

* * *

Conocí a Joaquín a través de la red social Twitter —algo bueno tenían que aportar- debido a que ambos somos especialmente aficionados a las horas tempranas, esas que los orientalistas califican como las “horas del néctar”, y me sorprendió la calidad de sus aportaciones diarias en el blog que edita, muchas de las cuales las comunicaba a la red de seguidores mediante ese procedimiento calificado como retuit.

Nuestras conversaciones no pasaron de lo virtual y, aun así, a pesar de la carencia del contacto humano, algo de calor espiritual circulaba a través de los comentarios y lecturas. Pero con todo y eso el día en el que me propuso escribir este libro, amén de sorprenderme, me provocó una reacción inmediata de aceptación, sin preguntarme siquiera la razón para una decisión tan aparentemente precipitada. Después, ya en soledad, me cuestioné a mí mismo si tenía sentido algo así.

Recordé una entrevista que concedió mi primera mujer, Lourdes Arroyo, en una de mis estancias carcelarias. No retengo el medio pero sí la frase de mi esposa con la que el periodista tituló el reportaje: “Muy pocos conocen al verdadero Mario Conde”. Seguramente es cierto, aunque tampoco debe constituir una originalidad, porque conocer a fondo a cualquier ser humano es extremadamente complejo, comenzando por la dificultad real de conocernos a nosotros mismos.

Sucede que, si la vida te ha conducido por el sendero de lo público, de lo mediático, la inmensa mayoría de la gente se aproxima a ti creyendo conocerte en función del estereotipo que ofrecen los medios de comunicación en los que apareces de grado o de fuerza. Y la imagen se convierte así en “lo real” para ese gran público. A veces, cuando leía o escuchaba los comentarios acerca de mi forma de ser contruidos con los ladrillos de la imagen, sonreía porque no conseguía identificarme con ese personaje

mediático que creaban a golpe de fotografías o reportajes televisivos. Era bastante obvio que no era yo. Porque en esa construcción todo el mundo interior, vivencias, creencias, sentimientos, emociones, actitudes, conductas, amores, desamores, y demás equipaje emocional que conforma nuestra conciencia individual, todo ello permanecía oculto, ignorando, inserto en una sombra incapaz de arrojar un mínimo de luz para entender a la persona.

Pero, me preguntaba, ¿es mi objetivo que me conozcan en mi dimensión verdadera, al menos en la que yo considero más auténtica? De ser de tal modo la pretensión y el objetivo rozarían demasiado lo puramente egoico, casi inserto en un acto de vanidad. O, incluso, de justificación por pretender decir a los lectores algo así como: “miren ustedes, están equivocados acerca del juicio que se han formado sobre mí, y pretendo con estas páginas que se acerquen a mi verdadero yo, a ese mundo interior que solo comparto con mis amigos y familia, a esa dimensión de mi espíritu que es total y absolutamente ajena a cámaras, flashes, reportajes y demás parafernalia mediática”.

Si ese fuera el verdadero impulso no merecería la pena contribuir a este libro, y a buen seguro que no me pondría manos a la obra de ayudar a Joaquín a construirlo. Porque en el fondo, y esto sí que puede sonar a tremenda vanidad, no siento especial interés por la imagen que otros tengan de mí, porque esas representaciones mentales carecen de consistencia y en nada contribuyen a mi objetivo, que no es otro que tratar de profundizar en el conocimiento de mí mismo y -si me aprietan un poco más- diré que a tratar de mantener una conducta coherente en todo momento con mis íntimas convicciones en el territorio de lo Trascendente. Simplificando: a tratar de ser un aceptable cristiano.

¿Entonces? Cuando apenas había transcurrido un año de la muerte de mi primera mujer víctima, a sus 54 años, de un tumor cerebral de curación imposible, concedí una entrevista a un medio de comunicación social. Eran momentos en los que el dolor todavía no había conseguido fermentar suficientemente en la aceptación. No era una televisión de gran audiencia y, sin embargo, lo cierto y verdad es que recibí muchas cartas y mensajes en los que se decía algo que me impactó: que mis palabras habían ayudado a aquellas personas que me escribían. Sentí entonces que

todos, en una u otra manera, albergamos en nuestro interior eso que llamamos sufrimiento. Y por primera vez en mi vida entendí que un medio de comunicación, una imagen y unas palabras, podrían servir para aliviar o reducir ese estado del sufrir. Me sentí útil, y comprobé por mis adentros —como dicen por el Sur— la sensación tan profundamente agradable y enriquecedora que deriva de ese sentimiento de utilidad a otro ser humano.

Poco después, un nuevo periodista, pero esta vez de un medio de gran difusión, me insistió en una entrevista y la razón que adujo para convencerme fue precisamente la sensación que le produjo la anteriormente mencionada, relatándome que en su productora recibieron muchos mensajes pidiendo que me convencieran para ser entrevistado con esa temática de fondo. De nuevo la idea, ya en parte experimentada, de que podría ayudar. Mi estado era de dolor profundo, pero no sé si por ello -o a pesar de ello- tal vez volviera a ser útil a alguno de los que atendieran la entrevista. Funcionó de manera muy superior a lo esperado. Y la sensación de utilidad me impresionó hasta el punto de emocionarme como pocas cosas han conseguido en mi vida.

Incluso más: al cabo de unos días recibí una llamada de un profesor de filosofía de la Universidad Católica de Munich pidiéndome que clausurara un congreso que se celebraría en Ávila sobre Ciencia y Mística. Me sorprendió hasta un extremo casi indecible y allí acudí, ante un auditorio de catedráticos y profesores de Filosofía y Física, clausurando con una breve disertación sobre “Economía y Espiritualidad”, algo verdaderamente extraño en nuestro país, en el que, desgraciadamente, el materialismo reinante alcanza su clímax en la conformación de los procesos económicos y financieros.

Pues bien, éste es el sentido real que me impulsa a participar en este libro: tratar de ser útil. Y mi aportación a este propósito no sólo deriva de los acontecimientos de mi vida que pueden aportar algún ejemplo de la capacidad que todos tenemos de resistir la adversidad, de enfrentarnos a lo inevitable con serenidad de espíritu, sino, además y sobre todo, porque creo que, humildemente, he llegado a un aceptable grado de conocimiento de mí mismo. He descendido hasta los más íntimos rincones de mi alma, superando -como decía aquel monje cisterciense con el que almorcé en Soria- determinados momentos de asco interior, y a día de hoy me siento libre para poder indicar, no sólo el camino,

sino hasta cierta cantidad de conclusiones obtenidas en ese viaje. Porque, con sincera humildad, considero que mi experiencia puede ser útil para quienes quieren seguir el camino, el viaje interior, asumiendo que la meta es el propio caminar y que conocerte a ti mismo es conocer al mundo y a Dios.

Pero lo que definitivamente me impulsó a seguir este sendero de tratar de ser útil a los demás fue aquella mujer joven, de unos treinta y tres años, que pidió visitarme en Galicia, y cuando, después de acceder al encuentro, se sentó frente a mí, sus ojos brillaban con una extraña alegría, sus gestos eran suaves y dotados de total ausencia de brusquedad. Me conmovió cuando me explicó que el motivo de su visita residía en que su enfermedad incurable la llevaría a morir en algunos meses y que habiendo leído uno de mis libros pensó que yo podría relatarle algo de como ayudé a mi primera mujer y que ese “algo” podría serle de utilidad en su proceso del morir. Ayudar a morir... Que es ayudar a Vivir. Jamás lo habría pensado. Enorme responsabilidad.

Ojalá estas páginas ayuden a que al menos uno de nuestros lectores retome el timón de su existencia, descubra su destino y esa llamada le inspire para ponerse en camino hacia un lugar mejor. Un lugar que el tiempo siempre acaba demostrando que ya estaba ahí desde el principio, en nuestro interior... Pero que no supimos verlo. Se aprende a vivir, viviendo... A caminar, caminando. Te deseo que estas páginas te animen a dar el primer paso hacia una existencia más plenamente humana, hacia la mejor imagen de ti mismo.